

RESUMEN CRONOLOGICO.

ESPEDICION DE EGIPTO.

1798.

Enero. Bonaparte es nombrado general en jefe del ejército de Inglaterra.

10 de febrero. Sale de Paris para ir á visitar las costas y puertos del Occéano.

5 de marzo. Es nombrado general en jefe del ejército de Oriente.

8 de mayo. Llega á Tolon.

19. — La armada expedicionaria sale del puerto.

10 de junio. Toma de Malta (muchos buques de guerra, tres millones en plata, 1200 cañones, 40,000 fusiles, 1500 millares de libras de pólvora)

12. — Convenio por el que la órden de Malta cede á la República francesa las islas de Malta, Goze y Comino.

19. — La armada vuelve á darse á la vela.

— Salida de Malta.

30. — Llegada sobre la costa de Egipto.

1 de julio. Desembarco.

2. — Toma de Alejandría.

6. — Marcha sobre el Kairo.

7. — Toma de Roseta.

12. — Combate de Ramanieh.

13. — Combate de Chebreise.

21. — Batalla de las Pirámides (40 cañones, 400 camellos cargados de bagages. — Los mamelucos perdieron 3,500 caballeros escogidos y un número considerable de infantes.)

25. — Entrada del general Bonaparte en el Kairo.

27. — Permite á las mugeres de los beys y de los mamelucos volver á entrar en el Kairo.

1 de agosto. Combate naval de Aboukir. — Destruccion de la armada francesa.

7. — Marcha sobre el Belheis en persecucion de Ibrahim-Bey.

10. — Combate de Mansourah.

11. — Combate de Salabieh.

18. — Fiesta de las aguas del Nilo. — El general Bonaparte hace romper solemnemente y en su presencia el dique que retiene las aguas del rio é impide la inundacion.

20. — Celebracion de la fiesta de Mahoma.

21. — Creacion del instituto de Egipto.

23. — Marcha del general Dessaix sobre el alto Egipto en persecucion de Mourad-Bey.

12 de setiembre. La Puerta declara la guerra á la Francia á causa de la expedicion de Egipto.

22. — Celebracion en el Kairo del aniversario de la fundacion de la República.

8 de octubre. Batalla de Sedyman ganada por Dessaix.

10. — Combate de Faïoum.

22. — 24. — Revolucion y castigo del Kairo; los revolucionarios despues de haber perdido 4000 hombres se someten. El general Dupuy y el jefe de brigada Sulkoviski son asesinados en las calles.

27 de diciembre. Escursion del general Bonaparte al istmo de Suez y á los manantiales de Moyses.

1799.

22 de enero. Batalla de Sanhoud, ganada por el general Dessaix en el alto Egipto.

18 de febrero. Combate de Abou-Mana en el alto Egipto.

3 de marzo. Combate de Coptos, de Bardis y de Girageh en el alto Egipto.

10. — Combate de Gehemi, en el alto Egipto.

15. — Combate de Kagoun en el alto Egipto.

— Combate de Korsun.

18 de abril. Combates de Ben-adi y de Sienne.



Bonaparte en Jaffa visitando los apóstados.

CAMPAÑA DE SIRIA.

SITIO DE SAN JUAN DE ACRE. — BATALLA DE MONTE-THABOR.

— DE ABOUKIR.

El fatal éxito del combate naval de Aboukir causó profunda impresion al general en jefe, aunque á los ojos de su ejército conservaba una calma estóica; pero cuando se encontraba solo, rodeado de algunos de sus mas íntimos servidores, deploraba amargamente el que no se hubiesen ejecutado sus órdenes y la obstinacion de Brueis, obstinacion que por otra parte habia expiado el almirante con una muerte gloriosa: entonces su tormento se escababa en quejas involuntarias; era Augusto pidiendo cuenta á Varo de sus legiones.

La pérdida de la escuadra francesa frustraba todos los planes de la expedicion; pero con todo no debia quitar toda esperanza, pues ya que estaban privados de los medios de salir de Egipto, era posible mantenerse en él uniendo á sus habitantes á la causa francesa, y con dinero, armas y oficiales podian nuestros regimientos reclutarse allí, como lo hacian los

mamelucos. El general en jefe, solo pensó, pues, en los medios de grangearse con una buena administracion el aprecio de los egipcios, y con este objeto político de tan necesaria conciliacion asistió á las fiestas nacionales del pueblo, al rompimiento del dique de las aguas del Nilo y á la celebracion de la fiesta de Mahoma; acogió con benevolencia á los scheicks y á los imanes, hablaba frecuentemente con ellos, procuraba instruirse de las necesidades del pais y medios de mejorarle, y hasta algunas veces, para lisongear sus preocupaciones religiosas, les dejaba hábilmente entrever que el ejército republicano no estaba léjos de abrazar el culto de Mahoma.

Al mismo tiempo ponía en órden la administracion del ministerio de hacienda, mejoraba el sistema de la percepcion de los impuestos, organizaba una policia regular en el pais, instituí tribunales equitativos para hacer á cada uno buena y pronta justicia; trazaba caminos militares, hacia limpiar y reparar los canales, ordenaba ensayos de cultivos coloniales, establecía en el Kairo una imprenta árabe, turca y francesa, creaba las fábricas necesarias para el vestuario del ejército, ingenios y fundiciones propias para la construccion de municiones de guerra; fundaba, para trabajar eficazmente en la civilizacion del pais, el instituto de Egipto, cuyos trabajos han dejado tan honrosas memorias, y en fin con una pompa que admiró particularmente á los habitantes del Kairo, celebraba el aniversario de la República.

La administracion justa y regular de Bonaparte producía sus frutos, pues los sentimientos de los árabes empezaban á hacerse favorables á los franceses, cuya dominacion era evidentemente mas suave y soportable que la de los mamelucos; con algunos meses mas, se habria alcanzado el objeto del general en jefe, empero agentes secretos de la Puerta Otomana vinieron á cambiar tan escelentes disposiciones, escitando de nuevo el fanatismo de un grosero populacho.

Cuando Bonaparte dejó la Francia, quedára convenido con el Directorio que el ministro de negocios estrangeros, Talleyrand, iria á Constantinopla para probar al Sultan que la expedicion de Egipto no debia darle ningun rezelo, pues no tenía otro objeto que castigar á los beyes mamelucos, de los

que tenia quejas la Francia; arruinar el comercio de los ingleses en la India, y hacer de nuevo al Egipto el depósito de Oriente. La negociacion era difícil, pero no imposible, mas con todo Talleyrand no cumplió la promesa que habia hecho de encargarse de ella; encontró pretestos para confiar esta mision á un subalterno y permaneció en Paris; de este modo la Puerta, abandonada á la influencia de la Rusia y de la Inglaterra, declaró la guerra á la Francia.

La noticia de este acontecimiento, propalada en Egipto por emisarios enviados de Siria, no tardó en cundir por todo el pais, y causó una fermentacion general. Los descontentos se organizaron, y aprovechándose de la libertad concedida á los ejercicios religiosos, cambiaron las exortaciones al rezo, pronunciadas de lo alto de los minaretes, en llamamientos á la insurreccion. Habiéndose pues el gefe de los musulmanes declarado contra los franceses, no se les debia ya mirar sino como perros infieles, y se contraía mérito esterminándolos; asi estalló en el Kairo á 22 de octubre una séria revolucion, en que fueron degollados el general Dupuy, gobernador de la ciudad, y trescientos oficiales y soldados, pereciendo tambien un edecan del general en jefe, el polaco Sulkowski, oficial de mérito. Juzgó Bonaparte que era indispensable obrar con vigor; por consiguiente dió órden de que entrasen en la ciudad todas las tropas que estaban acampadas á su alrededor, las cuales fusilaron á cuantos encontraron con las armas en la mano; los demas rebeldes se refugiaron en la grande mezquita, pero combatida esta por la artilleria de la ciudadela, se vieron obligados á rendirse á discrecion; todos debian morir, pero Bonaparte se dejó vencer por su desesperacion y solamente á seis de los mas culpados se les cortó la cabeza. La reprehension y castigo de esta sedicion consolidaron el poder de los franceses en Egipto.

Mientras que Bonaparte reprimia la revolucion del Kairo, Dessaix acababa la sumision del alto Egipto, ganando sobre los restos de los mamelucos la batalla memorable y decisiva de Sediman.

El descanso del ejército de Egipto despues de la pacificacion del Kairo y la derrota de Mourad-Bey no fué de larga duracion. El general en gefe habia recibido aviso de que un ejército turco se reunia en Natolia y proyectaba entrar en Egipto viniendo por la costa oriental del Mediterráneo, y que Djezzar, pacha de San Juan de Acre, formaba almacenes para él y reunia en Siria tropas para reforzarle á su paso. Bonaparte pensó que el mejor medio de desconcertar los proyectos del enemigo era ir á destruir estos preparativos antes que el ejército otomano estuviese en disposicion de socorrer á Djezzar, y asi resolvió marchar sobre Siria.

Las tropas de que podia disponer sin comprometer la seguridad y tranquilidad de Egipto, solo llegaban á doce mil hombres de infanteria de las divisiones Bon, Lannes, Reynier y Kleber, y la caballería mandada por Murat se componia de nueve cientos caballos. Bonaparte habia formado en Egipto muchos escuadrones de una arma nueva, destinados á guiar el ejército y dar caza á los árabes, y eran regimientos de dromedarios; cada uno de estos animales llevaba dos hombres perfectamente armados y sentados espalda con espalda. El vigor y velocidad del dromedario son tales que estas tropas ligeras podian andar en un dia y sin detenerse, trechos de veinte y cinco á treinta leguas, y efectivamente hicieron grandes servicios durante la campaña de Siria.

A mediados de febrero, y despues de marchas en que se renovaron las fatigas y sufrimientos que los soldados habian padecido en su primer viage por el desierto, yendo de Alejandria á Ramanieh, por fin el pequeño ejército se reunió delante de El-Arich.

A pesar de las privaciones de toda especie, los sitios que era necesario poner, y los desiertos que debió atravesar, salvó con rapidez la distancia que le separaba de San Juan de Acre.

En esta marcha el fuerte de El-Arich capituló despues de cuatro dias de sitio, Ghazah se rindió sin disparar un tiro y se encontraron allí almacenes abundantemente provistos, socorros preciosos para el ejército que estaba falto de víveres; la ciudad de Jaffa, la antigua Joppe, despues de un sitio de algunos dias fué ganada á viva fuerza y saqueada por los sol-

dados, indignados porque el comandante turco habia hecho cortar la cabeza á un parlamentario enviado la víspera por el general en gefe. Dos mil hombres, resto de la guarnicion asesinada en la ciudad que se habian retirado en una caravanera, fueron hechos prisioneros, y la imposibilidad de conducirlos á Egipto, la falta de víveres, y la certitud que estos hombres, si se les dejaba libres bajo su palabra, irian al momento á reforzar las tropas del pacha de San Juan de Acre, impelieron al consejo de generales reunidos á decidir lo que se debia hacer; la penosa obligacion de declarar que la salvacion del ejército exigia su muerte. El general en gefe dejó ejecutar esta condena con el mayor dolor; pero era su deber, pues la necesidad es imperiosa é inhumana.

La peste, cuyo gérmen algunos batallones habian traído de Egipto, se declaró durante la permanencia en Jaffa é hizo gran carniceria en el ejército, lo que afectó la imaginacion de los soldados y abatió su ánimo. El estupor era universal, y los desgraciados atacados de la peste eran rechazados hasta de sus camaradas. El sacrificio generoso de los oficiales de la sanidad no era suficiente para vencer tan cobarde egoismo é inspirar al ejército sentimientos mas dignos de la humanidad. Bonaparte quiso con un paso ruidoso y público reanimar la moral de los soldados, y el 11 de marzo, seguido de todo su estado mayor, fué á visitar los dos hospitales en que los heridos y apestados estaban cuidados separadamente; permaneció mas de dos horas en el de los apestados, se detuvo al lado de todos los soldados, y dirigió á cada uno de ellos palabras de consuelo. Con el objeto de mostrar á los enfermos que el mal no era tan contagioso como suponian, tocó á muchos y ayudó á levantar el cadáver de un soldado, todo manchado por la apertura de un bubon pestilencial: finalmente á causa de las vivas instancias del médico mayor Desgenettes, quien le representó que tan larga permanencia en una atmósfera llena de miasmas infectados era *mucho mas que inútil*, consintió en retirarse, y salió del hospital colmado de las bendiciones de aquellos desgraciados moribundos. Cuando salió, justamente asustados los oficiales de su estado mayor, le hicieron vivas observaciones sobre su imprudencia: « Este era mi deber, les « respondió tranquilo; yo soy el general en gefe. »

El ejército llegó el 18 de marzo delante de San Juan de Acre, donde Djezzar se había encerrado con todas sus riquezas y una fuerte guarnición. Abrióse la trinchera el 20 de marzo. La fortificación de esta plaza solo consistía en una muralla cuyo circuito estaba flanqueado de torreones y rodeado de un foso profundo, al paso que la artillería francesa únicamente se componía de cuatro piezas de á 12, ocho obuses, una culebrina de 32, y unas treinta piezas de á 4. Bonaparte esperaba la artillería de sitio, pero esta, que venía por mar, había caído en poder del almirante inglés Sidney-Smith, que cruzaba con una escuadra el mar de Siria, dándole á Djezzar para defender los baluartes de San Juan de Acre; finalmente faltábanle balas á la artillería, y solo se las podía procurar haciendo recoger las que salían de la plaza y de los buques ingleses anclados no lejos de la playa.

Con todo, si Djezzar se hubiese visto reducido á sus propios recursos, la ciudad no habría resistido mucho tiempo á la audacia de nuestros granaderos y á la habilidad de los artilleros, pero dos circunstancias fatales hicieron el sitio tan obstinado como sangriento, y prolongaron una resistencia desesperada: el cruce-ro del almirante Sidney-Smith y la presencia dentro la plaza de dos emigrados franceses (Philippeaux, ingeniero de mucho mérito, antiguo condiscípulo de Bonaparte en la escuela de Brienne, y Tremolin oficial de artillería distinguido) quienes fueron los encargados de los trabajos de la defensa; por otra parte la guarnición no cesaba de recibir por mar socorros y municiones de toda especie, mientras que los recursos del ejército francés se agotaban insensiblemente.

El general en jefe acababa de dar á San Juan de Acre el primer asalto que había sido infructuoso, cuando recibió la noticia de que un ejército enemigo, reunido en Damasco y engrosado en su paso por los turcos de la Palestina, marchaba contra él; para observar pues, el movimiento de este ejército y contenerle cuando se acercase, envió al punto á la división Kleber á Nazareth, y á Murat con dos mil hombres á Saffeth, y pocos días después (en el momento mismo en que la guarnición efectuaba una salida) supo que el enemigo había pasado el Jordan y que Kleber iba á ser atacado: entonces, así

que los turcos hubieron sido rechazados dentro de la ciudad, llevando consigo la división Bon y la caballería, marchó el 15 de abril al socorro de su teniente.

Llegando el día siguiente por la mañana cerca de Monte-Thabor, vió en la célebre llanura de Esdrelon á la infantería enemiga detenida en la población de Fouli, y en medio de veinte mil caballos á la división Kleber enteramente circumbalada, formada en dos cuadros y combatiendo con un orden admirable: el combate duraba ya mas de seis horas, y seis horas había que esta valiente división recibía sin romperse, ya sobre sus bayonetas, ya con fuego á quema ropa, las cargas impetuosas de los mamelucos y árabes. Viendo Bonaparte que no había que perder un momento, mandó á la división Bon formar un cuadro, y avanzar rápidamente hácia el llano de modo que formase un triángulo equilátero con los dos cuadros de Kleber, y esta hermosa maniobra, cuyo objeto era poner al enemigo en el centro, se logró completamente. Kleber rodeado de fuego y humo no había podido ver lo que pasaba á su alrededor, pero el ruido del cañon le anunció la llegada de Bonaparte, cuya aparición fué un rayo para el enemigo. Pronto estalló un fuego terrible de las estremidades del triángulo y dispersó á los mamelucos, quienes huyeron en desorden al escape: entonces tomó los granaderos de Kleber la ofensiva, adelantóse una columna hácia Fouli, cuya población fué ganada á la bayoneta, y la infantería enemiga, cañoneada por la artillería, rechazada por todas partes por la fusilería ó arma blanca, se precipitó hácia el Jordan para encontrar una salida á su fuga; pero cayó en medio de la caballería de Murat que hizo una horrible carnicería. El ejército otomano perdió en la batalla de Monte-Thabor mas de seis mil hombres y quinientos camellos cargados de provisiones y riquezas considerables.

Esta victoria fué decisiva, pues los enemigos durante el resto del sitio no se atrevieron á inquietar otra vez al ejército.

Después de sesenta días de trinchera abierta, después de ocho asaltos infructuosos en que habían perecido la flor de las tropas y muchos generales como Bon, Venoux, Raimbaud, y en que otros tales como Lannes, Vial y Rampon habían sido

heridos, el general en jefe, desesperando de vencer la resistencia obstinada de los turcos que habian recibido refuerzos, y viendo llegar la estacion de los desembarcos, se decidió á levantar el sitio de San Juan de Acre.

La peste continuaba diezmando al ejército, el espíritu de insurreccion se reanimaba en Egipto, y escitaba una sublevacion un fanático, quien, bajo el nombre de Ange-el-Modhy, pasaba entre los árabes por un ser sobrenatural y habia puesto en gran peligro á los franceses establecidos en el Delta y el Bahireh: finalmente preparábase una expedicion en los puertos del Archipiélago para transportar á Egipto un ejército turco.

El 21 de mayo se alejó el ejército de San Juan de Acre, habiendo perdido tres mil hombres con la peste y los combates, pero antes de abandonar los trabajos de la trinchera y á fin de emplear las municiones ya inútiles, y que por falta de caballos era imposible conducir, el general en jefe, durante los tres últimos dias de sitio, hizo arrojar dentro la ciudad cuantas bombas y granadas le quedaban, de modo que casi la redujo á cenizas.

Al regreso á Egipto acompañáronle mas padecimientos y fatigas que á la marcha sobre Siria, pues se tenia que llevar un gran número de heridos y de enfermos. El general en jefe se ocupó de ellos con suma solicitud, y dió orden de que todos los caballos, los de los generales, los del estado mayor, y hasta los suyos propios les fuesen reservados, y para dar ejemplo, él marchaba á pié al frente de las columnas.

El ejército se adelantaba á lo largo del Mediterráneo en medio de arenales movedizos y abrasadores, saqueando las ciudades y poblaciones, incendiando las casas y destruyendo todo lo que podria proteger la marcha del enemigo ú ofrecerles algunos recursos. En el camino, el general en jefe corrió gran riesgo de ser asesinado: un árabe de Naplouse, emboscado en un matorral, le disparó casi á quema ropa un fusilazo que no le hirió; huyó el miserable, y logró alcanzar dentro del mar una roca donde esperaba estar al abrigo de toda venganza; pero las balas de nuestros soldados le hicieron justicia.

Las tropas se detuvieron cuatro dias en Jaffa para reposar

de sus fatigas. La peste no cesára de herir nuevas víctimas, y el número de los apestados era considerable; Bonaparte hizo una nueva visita al hospital y dió orden de conducir á Egipto todos los que podrian suportar el transporte, cosa que se ejecutó al punto. Con todo, algunos años despues, los rivales del general, los envidiosos del cónsul, los enemigos del Emperador han acusado al general en jefe del ejército de Egipto de haber mandado el envenenamiento de sus soldados contaminados de la peste. La envidia que acompaña siempre á un gran genio, y las bajas opiniones de los hombres, pueden solos explicar como esta acusacion calumniosa se ha esparcido y propagado! ahora que la cuestion ha sido escrupulosamente examinada, y que la verdad vése libre de toda oscuridad, puede afirmarse que es fabuloso el tal envenenamiento de apestados en Jaffa, pues todos, escepto cincuenta llegados ya al último período de la enfermedad, y fuera de estado de ser transportados, fueron trasladados los unos por mar á Damietta y los otros por tierra á El-Arich: y de los cincuenta enfermos que quedaron en Jaffa, la mayor parte murieron, algunos recobraron fuerzas para seguir la retirada; únicamente siete quedaron en el hospital, y murieron al otro día de la salida del ejército.

Bonaparte llegó al Kairo el 14 de junio: ya era tiempo que volviese á tomar las riendas del gobierno, puesto que una relajacion funesta se habia manifestado en las administraciones civiles y militares favoreciendo las esperanzas de revolucion; pero las medidas severas y la actividad del general en jefe hicieron que pronto entrase todo en el deber.

El mal éxito de la expedicion de Siria hizo conocer mas vivamente á Bonaparte la necesidad de tratar con los ministros del islamismo para influir en el espíritu de los egipcios. Les pidió publicasen un *fetam* para mandar al pueblo que prestase juramento de obediencia al general en jefe, cuya proposicion les hizo palidecer. Un anciano le respondió: «porqué no os haceis «musulman con todo vuestro ejército? entonces cien mil hombres acudirian á vuestras banderas, y despues de haber»